



La pequeña fugitiva

¡Era un bello atardecer!

El suave viento vespertino movía dulcemente las frágiles olas en su regazo. En el cielo se empezaba ya a distinguir la silueta de la luna.

A lo lejos de la carretera se veía avanzar a una niña con paso incierto; por fin llegó fatigada de caminar día y noche expuesta a la inclemencia del tiempo.

Su nombre era María, una pequeña húngara que huía de las terribles consecuencias de tan desastrosa guerra que allí había estallado.

Abandonada de su familia había pasado muchos días durmiendo bajo la tormenta de la noche con el solo anhelo de llegar a su destino.

Una vez que hubo llegado preguntó por los señores Blunken, pero dicho matrimonio ya viejo, hacia poco había muerto. La niña desconsolada rompió a llorar por la muerte de los únicos parientes que le quedaban en el mundo, ahora estaba sola, desamparada, sin techo y sin abrigo para vivir su triste vida, casi sin esperanzas.

La caritativa Margarita recogió a la pobrecita, desgraciada de la crueldad de algunos hombres.

Aquella noche la pobre niña pudo probar la comida que tanto anhelaba y dormir bajo un techo en una mullida cama.

A la mañana siguiente cuando el sol iluminaba el pequeño pueblecito marinero, despertó la niña de su dulce sueño.

Margarita, tras preparar el desayuno de la pequeña, se fue a la playa a reparar las redes con las que su marido ganaba el pan cotidiano.

Mas por desgracia aquel día el marido de Margarita no cogió ningún pescado y aquella noche sólo pudieron cenar pan y algún pescado que les sobró del día antes.

Al día siguiente tampoco pescó nada y así día tras día sólo probaban algunos mendrugos de pan.

Llegó el frío invierno, el mar se agitaba furioso por encima de la brava costa, María paseaba por la orilla del mar, admirando la inmensa blancura de la espuma producida por el agua al chocar contra las rocas.

De pronto una fuerte ola envolvió a la niña adentrándola hacia el mar. Así pasó varias horas la pobre niña a merced de las olas, hasta que por fin, cuando ya se creía perdida, se vio arrojada en una inmensa playa de fina arena.

Tras descansar unos instantes para reponer nuevas fuerzas, fue alejándose de la playa hasta llegar a un pequeño riachuelo rodeado de altos pinos, allí instaló la pequeña su morada, con algunas hojas secas construyó un lecho donde dormir, las piedras eran sus utensilios de cocina, se alimentaba exclusivamente de las piñas y algunas otras hierbas comestibles que por allí crecían.

Así vivió mucho tiempo en tan miserable vida, hasta que un día llegó a la playa una barca; ella les explicó a los marineros su desgracia y apiadados se la llevaron consigo.

Cuando los marineros llegaron a su hogar le dijeron que la habían recogido para que trabajara y que empezara pronto su trabajo si no quería que la azotaran.

Aquellos hombres eran unos piratas que atacaban a los marineros y no estaban en casa casi nunca, sólo para comer. Durante su ausencia María tenía que lavar, planchar, barrer y cocinar, para tener la comida hecha cuando ellos llegaran.

Un día no encontraron hecha la comida al llegar y tiraron de casa a la niña.

Ella se encontró sola sin saber qué hacer ni a donde ir, apoyó su cabeza en un árbol y así pasó la noche.

Cuando empezó a amanecer se despertó la niña y buscó por el bosque para ver si podía encontrar una cabaña donde vivir, pero su búsqueda fue vana, pues no había siquiera una gruta donde guarecerse de la inclemencia del tiempo.

Aquella noche tuvo que dormir subida a un árbol pues por aquellos alrededores vivían algunas bestias salvajes. De pronto el sol surgió brillante y la niña bajó del árbol dispuesta a recorrer el bosque para buscar algunas hierbas con que alimentarse.

De pronto vio un río, en la orilla del cual había una barca, pronto comprendió que allí vivía un barquero con su familia, ya que también se distinguía una cabaña.

Llamó a la puerta e imploró por caridad un poco de asilo. Aquella buena gente no se lo negó y desde aquel día se quedó a vivir allí.

Aquel matrimonio tenía dos hijas Elisa y Berta las dos de su misma edad. Pronto se hicieron muy buenas amigas y cada día salían juntas por los alrededores a buscar flores silvestres, el padre de las niñas les enseñaba a leer y escribir para así poder ser un poco cultas.

Llegó la primavera y en una hermosa tarde de Mayo salieron las niñas a merendar en el bosque, después de jugar y merendar emprendieron el regreso a su casa. Al llegar se encontraron con una agradable sorpresa, un señor amigo de su papá les había llevado un lindo ramo de nardos. Lo pusieron cuidadosamente en un florero encima de la mesa.

Así pasaba para la niña, la feliz vida que llevaba en compañía de tan buena gente, pero después algo vino a turbar su alegría, el padre había caído enfermo preso de una fiebre, la madre por miedo a que no cogieran la enfermedad llevó a sus hijas y a ella a casa de unos parientes que vivían en el mismo pueblo que por primera vez recogieron a María de su huida Margarita y su marido. Estos durante su ausencia habían prosperado en su hacienda y ahora tenían todo lo necesario.

Al llegar al pueblo Margarita reconoció a María y pidió a la mujer del barquero que la dejara vivir con ellos ya que su casa había sido su morada tiempo antes. La mujer del barquero accedió y la niña se fue a vivir con Margarita para no separarse jamás. Pasado el verano el barquero ya se había curado y Berta y Elisa tuvieron que regresar a su hogar, no sin antes despedirse de María.

Aquel invierno nevaba copiosamente, bajo la nieve se veían las figuras de tres niñas felices jugando alegremente. Eran Elisa y Berta, jugando dichosas con su amiguita María que por fin encontró un hogar donde poder vivir en compañía de alguien que la amase.

M.^a ANTONIA PAGÉS
(13 años)